

Armando que lo apruebo. Pero me parece que baja mi padre, y entrará aquí. Podéis darle el recado que traéis para él, y, si lo permite, charlaremos otro rato cuando se vuelva á trabajar.

Abrióse la puerta, y entró el señor de Beuvret.

XXVII.

Se ha tratado de calcular la velocidad del pensamiento. El cálculo es difícil: la velocidad depende de la viveza de imaginación de la persona pensante y también de la impresión que haya recibido, del golpe que la hiera ó de la conmoción experimentada. En el momento de entrar en el salón el señor de Beuvret, vió una mujer sentada al lado de su hija, y pensó:

—¡Es Julia! Soy perdido si vacilo, si me marcho ó si dejo traslucir mi emoción.... Es preciso servirse de la audacia, es preciso.

No articuló los sonidos de aquellas palabras, pero fulguraron todas de súbito en su inteligencia. Propúsose asimismo que su cuerpo inclinado se enderezara, que no temblasen sus piernas, que no vacilara su voz y que su fisonomía fuera imperturbable, y con todos estos propósitos puestos por obra, avanzó lentamente, con la vista fija

en la antigua criada, como si lo único que la sorprendiese fuera verla en aquel sitio y quisiera interrogar con la vista qué mujer era aquella.

—¡Padre mío! (dijo al punto la señorita de Beuvret): esta es la persona de quien os he hablado, que viene por encargo del señor Le Forestier. Se la ha hecho entrar directamente aquí, porque preguntaba por vos, y no por mí. Como estabais ocupado, me he creído en el caso de rogarla que se sirviera esperar.

—Bien has hecho, hija mía,—manifestó Beuvret.

Y luego, volviéndose á Julia, preguntóla:

—¿El señor Le Forestier sigue bueno?

Julia cumplió la comisión que se la había conferido, sin que por un momento revelara la más pequeña emoción.

No le había reconocido, pues. No, y nada más natural: seguía ella en la opinión de que el criminal se llamaba Antonio Guiraud; estaba equivocada. Ella se acordaba sólo de la imagen, de la fisonomía, del retrato que ella misma se había trazado. Poco á poco, sin que pudiera darse cuenta ella misma de aquella lenta metamorfosis, la fisonomía del sujeto, que le era tan conocida, había ido modificándose poco á poco en su imaginación, y se había transformado, se había alterado por completo. Y dejando de ver al hombre del pasado, vivo, real, le veía transfor-

mado, al cabo de veinte años, en un hombre salido de la fantasía de su inteligencia fatigada de considerar siempre un solo punto. Los enormes esfuerzos empleados para no apartar de la memoria aquel rostro, habían acabado por hacer que no lo viese tal cual era.

Beuvret comprendió, pues, que estaba en salvo, y para redoblar su seguridad, dijo á su hija:

—Vaya, en tanto que me esperabas, habrás ocupado el tiempo á tu gusto en conversación con esta señora.

—Sí, padre mío (respondió ella ingenuamente). Después de lo que esta mañana me habéis dicho, me ha parecido que estaba autorizada para mantener tal conversación.

—Te ha parecido bien. Desde luego no me es eso agradable, te lo confieso.... No es nunca grato que una muchacha de tu edad se ocupe de asuntos tan tristes, de crímenes, de asesinatos; pero toda vez que tu imaginación ha dado en fijarse en eso, y no depende de tu voluntad ni de la mía dirigirla, habla, cuestiona, y haz lo que gustares; al fin, eso no será tan melancólico como pensar en ello y no decirlo. Veamos; ¿de qué te has ocupado en la conversación mantenida con esta señora.... Julia, eh?

—Julia, servidora....; sí, señor.

—Pues bien, querida Julia: ¿habéis podido

comunicar alguna importante observación á mi hija?

—Sí, padre mío (repuso Clara); un detalle que me hace considerar de otro modo al Antonio Guiraud. Debo confesároslo; le juzgo como vos el otro día, en que le defendíais y yo le tenía por el más culpable de los tres.

—No, defenderle no.... Yo no le defendía. Lo que hice fué, sin disculparle, hacerte observar que merecía alguna piedad, sin que por esto deje de ser un gran criminal.

Como se ve, el pobre Beuvret atacaba entonces al criminal, recargaba de color su delito, sin otro objeto que alejar á Julia de toda sospecha respecto de él, en el improbable caso de que las hubiera concebido.

Luego preguntó á su hija:

—¿En qué fundas tu benevolencia de hoy respecto de ese hombre?

—Sus vacilaciones, las luchas consigo mismo, su repulsión á que el crimen se consumara.

—Eso le hace más culpable, puesto que tenía conciencia de la magnitud del delito que iba á perpetrar.

Beuvret se sentía desfallecer de emoción; pero sentía ansiedad terrible de saber si su hija, que tan duramente le había atacado antes, le defendía en aquella ocasión. Lo consiguió, por dicha suya. Con esa facilidad, con esa flexible condi-

ción de la inteligencia femenina, que le permite cambiar de opinión y defender la última con mayor energía que la precedente, Clara decidió convertirse en defensor entusiasta de Antonio Guiraud.

—En realidad (dijo), quería que se dejase á la señora Le Forestier, que no la mataran.... Llegó hasta defenderla.

—Sin entusiasmo y sin lucha. Debíó matar á su cómplice antes que éste tocara á un cabello de aquella infeliz.

—¿Y si era el más débil?

—Haber llamado, gritar; que el otro hubiera tenido miedo.

—Pero si lo que debe tenerse en cuenta no son esas observaciones vuestras, sino que Antonio protegía al niño; que mientras se lo llevó para encerrarle, no podía defender á la víctima, y que el asesinato de ésta se consumó en aquel instante.

—Sí, es verdad; así pasó.

Esta frase, escapada involuntariamente, más del corazón que de los labios, le sobrecogió después de pronunciarla, en términos que palideció hasta la lividez. Comprendió al punto que Julia y su hija le ofan asentir, pero no sospechaban nada.

Clara continuó:

—El arrepentimiento y los remordimientos

es evidente que se apoderaron después de él. Más tarde, recordarás, padre mío, que devolví los seiscientos mil francos, devolución que significaba: «Yo he robado tan sólo, y devuelvo lo robado, para ver de conseguir el perdón de ese robo». Si hubiera sido asesino, no habría devuelto el oro robado, porque nada podía aliviar su conciencia, ni podía esperar por la restitución el perdón de sus crímenes. ¿No es así?

—Sí, hija mía, dices bien. El defensor del acusado hubiera hablado lo mismo, sin duda alguna, y hasta pienso que hubiese convencido á los jueces, como tú me convences á mí.

—Y que (añadió Clara) debe tenerse en cuenta lo que decía en la carta con que devolví los seiscientos mil francos. Yo no recuerdo bien sus frases, pero sí que me impresionó muchísimo. ¿Estabais vos, Julia, con el señor Le Forestier cuando recibió esa carta?

—Estaba en su casa, sí, señora; no me he separado de él nunca desde el fallecimiento de su madre.

—¿Sabéis si conserva la carta?

—Tengo seguridad de ello.

—¡Oh! ¡quisiera leerla!

—¿Para qué?—preguntó vivamente el señor de Beuvret.

—Porque el estilo, el carácter de letra, podrían darnos indicios estimables. Por lo menos

nos harán comprender si ese hombre era un hombre bien educado.

—De eso no puede dudarse,—observó Julia.

—Pues ya ves....; esa lectura no podría iluminarte gran cosa.

—Perdonad, padre mío; se puede conocer á una persona por la letra, como se le conoce por la fisonomía, por los ademanes. Si vos no veis inconveniente en ello, os ruego que pidáis la carta al señor Armando; sí, que nos la envíe.

Beuvret se estremeció.

—Bueno; pero será bueno que me la dirija á mí.

—¡Qué recomendación tan innecesaria! Á ti habrá de dirigirla, como á ti, según sus deseos, ha venido á ver la señora....

Cambiáronse algunas otras frases, y después se retiró Julia, quedando satisfecho Beuvret de que ninguna sospecha había pasado por la imaginación de aquélla, toda vez que había hablado durante una hora con el que tan bien creía conocer, sin que la más ligera idea viniera á revelárselo.

—Ahora me permitirás (dijo á su hija) que vuelva á mi trabajo.

—Sí, sí, trabaja; no te molestaré más.

Y le abrazó como en señal de gratitud por no haberla reñido, sino, por el contrario, haberse mostrado indulgente con la visita de Julia, que

antes no había permitido. Luego fué á acostar, deseosa de descanso y de soñar que soñaba con ella el que respiraba con su aliento y amaba como ella le amaba á él.

También Beuvret estaba necesitado de reposo y de soledad para tranquilizar su ánimo. Los esfuerzos de voluntad consumidos en conservarse sereno, en mantenerse tranquilo ante un testigo peligroso, invencible, le habían rendido. ¡Y si al menos hubiera visto á aquella mujer ante otras gentes, aunque fuera el mismo Armando Le Forestier! Pero, ¡delante de su hija! ¡Qué horror! Pudiera haber dicho aquella mujer: «¡Ese es, ese es, le reconozco; es el mismo; no puedo equivocarme; ahí tenéis al criminal!» Por fortuna había pasado ya aquel riesgo, y casi se alegraba de haberlo pasado, para sentirse más tranquilo, con más sosiego.

Se sentía más fuerte, más animoso. Pero, ¿y si más tarde cualquiera sospechaba que él?... Esto era inverosímil; pero por fuerza había que contar hasta con lo inverosímil.... ¡Bah! Podía desvanecer toda sospecha. ¡Pues qué! ¿Julia no había de haber reconocido á Antonio Guiraud? Se alegraba en cierto modo, bostezaba, sonreía, atravesaba una crisis nerviosa, en medio de la cual se acordó de la carta que hacía tiempo escribiera al señor Le Forestier, y que éste debía remitirle.

Él la recibiría, eso sí; pero la carta rigurosamente era para que la leyera su hija, y ésta quería leerla. Negarse á esto era más comprometido, ó tanto por lo menos como haberse negado á ver á Julia: para no recibir á ésta en su casa había hallado buenas razones, sus quehaceres y su propósito de no tener relaciones ni aun indirectas con el señor Armando Le Forestier; pero en cuanto á la carta, no podía inventarse pretexto para que Clara no la leyese después de haber autorizado el que la pidiera.

—¡Oh, si conocía la letra!.... Sí, la letra, por la cual puede reconocerse á un hombre, como ella había dicho, «como por su propia figura». Y la frase no expresaba un concepto baladí.... Él mismo, en cierta ocasión, deseando saber si un manuscrito antiguo no firmado era de tal autor ó de tal otro, había llegado, con el auxilio de peritos calígrafos, á saber que el manuscrito era, no sólo apócrifo, sino á averiguar su procedencia. Además, en el caso presente, no había tenido cuidado de desfigurar la letra. ¿Cómo imaginar que con el tiempo hubiera de tener amistad con Armando Le Forestier? ¿No sabía él que desfigurar la letra, si no se consigue hacerlo bien, es una circunstancia comprometedora para el que lo ejecuta?

¿Qué debía hacer?

Cada día se presentaba un nuevo peligro. No

había adoptado aún resolución alguna, cuando al siguiente día recibió por el correo, bajo un sobre lacrado, su carta, su temible carta.

XXVIII.

Fijó la vista en el sobre abierto con que él mismo había remitido la carta. Tuvo mucho cuidado al escribirlo de hacer unas letras muy gruesas, muy redondas, muy desfiguradas, no parecidas en nada á las suyas.... Por allí no había que temer.

Sacó con mano nerviosa una amarillenta hoja de papel, que si el tiempo había cambiado de color, no había desfigurado en el contexto. Los caracteres eran perfectamente legibles. Los primeros renglones, escritos con lentitud, revelaban el propósito de haber querido disimular la letra; pero después se hacía más cursiva, estaba escrita con rapidez. La mano había temblado como la conciencia, y se había olvidado de todo disimulo.

Fijándose bien en la carta, cobró Beuvret esperanzas. La letra, sobre todo la de los hombres que escriben mucho y de prisa, cuya mano se carga y cuyos nervios se contraen, cambia de aspecto periódicamente. Á veces se maravilla

uno mismo cuando contempla en la vejez lo que escribió en la juventud.

Él mismo no conocía la letra; luego tampoco su hija podría reconocerla.

Entonces quiso leer la carta por entero. Una línea, una palabra sin importancia para Armando, podía ser toda una revelación para Clara.

Leyó, y lo primero que vio fueron las frases que Le Forestier le había dicho, sin duda por conservarlas en la memoria:

«No puedo conservar más tiempo en mi poder este dinero que me mata, que quema mis manos, y os lo devuelvo.»

Luego estas otras líneas: «Es una parte del millón ochocientos mil francos robados á vuestra madre. Esta restitución me deja pobre, muy pobre; pero me condeno á trabajar toda mi vida, á trabajar sin descanso, mientras mi cabeza pueda pensar y mi mano obedecerla.»

Luego, este supremo grito de desesperación:

«¡Ah, caballero! ¡Si supieseis lo que he sufrido, lo que sufro, lo que sufriré hasta el último momento de mi vida! No ha habido jamás falta ni crimen más cruelmente expiados que yo he expiado el mío.... ¡Oh! Perdonadme por hablaros de mis sufrimientos, á vos que lleváis el luto en el corazón y que lo llevaréis siempre.... Si yo fuese culpable de otra cosa que del robo, no me atrevería á escribiros de este modo, porque no

se atreve uno á tratar de enternecer al hombre cuya madre ha asesinado. ¡No, no! Éste no puede dejarse enternecer, ni debe tampoco consentir que lo parezca. Pero os aseguro que soy completamente ajeno á ese crimen espantoso. No lo he cometido; traté de evitarlo, y aun cuando bien sé que diréis que si yo no hubiese introducido al asesino en la casa no habría ocurrido la catástrofe, debo juraros solemnemente que había ido nada más que á robar, á robar conmigo. ¡El robo me ha conducido á lo demás!

»¡Perdón, perdón! Recordad que cuando quiso heriros á vos, también yo os protegí, rechazándolo con energía, y os llevé en brazos á lugar seguro, sin pensar siquiera que vuestros gritos y lágrimas habrían podido perderme.

»¡Ah! ¿Por qué no fueron oídos aquellos gritos? ¿Por qué no acudieron en auxilio de vuestra madre? ¿Por qué no me prendieron? Tal vez me habrían condenado á muerte; pero creed que para mí el castigo ha sido haber vivido.

»¿Pero por qué os digo todo esto? Porque no puedo evitarlo. Ya supondréis que jamás se lo he dicho á nadie; no he vuelto á ver á mis cómplices, y hoy tengo necesidad de contárselo á alguien, de hablar, de llorar.

»No me hagáis traición. No tratéis de reconocerme por la letra de esta carta. Al principio quise desfigurarla, pero no he podido.... ¡Ah!

Si llegaseis á descubrirme, y me delatarais é hi-ciéseis que me prendiesen, sería terrible; por-que soy padre.... ¡Qué sería de mi hija sin mí!... Yo os salvé la vida, y á mi vez pido gracia, gra-cia para un ser inocente, por el cual temo á la miseria.... ¡Oh! No es el presidio, no es el ca-dalso lo que me espanta.

»Me detengo, porque no sé ya qué decir.... Mi pensamiento se extravía, mis ojos están em-pañados por las lágrimas, y, además, os hago daño á vos también.... Esta carta no os será en-tregada, sin duda, hasta más adelante, cuando seáis hombre, y os traerá á la mente terribles recuerdos.

»La última palabra. Bien sé que no podéis perdonar, pero tened un poco de compasión. Os lo implora mi hija, que no os ha hecho daño al-guno.»

La carta terminaba con esa súplica.

No. Nada había en ella que pudiese compro-meterle. ¿El trabajo? No era él el único que tra-baja en el mundo. ¿La hija? No era él el único padre que hay por ahí.

Quedaba la cuestión del carácter de letra.... Á primera vista, no llamaría la atención á su hija; solamente cuando la estudiase de una ma-nera detenida podría chocarle la semejanza. Aquello era bastante para que no tuviese que pensar en inutilizar, en quemar la carta. Diría

que no la había recibido, y nada más. El correo tendría la culpa.

Sí; pero ¡si recibía tan pocas cartas! Su hija, que esperaba el envío de Armando Le Fores-tier, preguntaría y se extrañaría.

Mejor era hacer en aquellas circunstancias lo mismo que había hecho el día antes con Julia: desafiar el peligro y jugar el todo por el todo. La primera prueba le había salido bien, y le daba valor para ensayar la segunda.

Aún estaba reflexionando, cuando entró en la habitación la señorita de Beuvret. En su modo de mirar comprendió que buscaba algo, y no quiso darle tiempo para que le interrogase.

—¿Me preguntas, no es eso (dijo con un tono muy natural), si el señor Le Forestier me ha en-viado lo que habías pedido?

—En efecto, padre mío,—contestó con fran-queza.

—Pues bien, sí. Como ves, no ha tardado.... Ahí, bajo aquél pisa-papeles, encontrarás la car-ta de remisión, y otra además....; puedes leerla.

—¿La habéis leído, padre mío?

—Sí, para saber si tú podías leerla.

—¿Y puedo?

—¡Perfectamente!.... Siéntate delante de mi mesa; te cedo el puesto. Tengo precisión de an-dar. Trabajo desde hace mucho tiempo, y tengo frío.

Le obedeció, rompió el sobre, y leyó con cuidado algunas líneas de las escritas por el señor Le Forestier, y pasó en seguida á leer la otra carta.

El señor de Beuvret, sin dejar de pasearse á lo largo de la habitación, observaba atento los más insignificantes movimientos de su hija: de seguro no la había llamado la atención la letra, cuando nada decía. Por el contrario, lefa silenciosa, y en su semblante comenzaba á dibujarse la conmiseración que aquella lectura le producía. De pronto asomó una lágrima á sus ojos.

¡Ah! ¡De qué buena gana y en aquel instante habríase acercado á ella, para exclamar, estrechándola contra su corazón:

—Te compadeces de él, comprendes que ha sufrido bastante ese desgraciado!

Pero tuvo que contenerse, é impasible, con la mirada fija en ella, continuar paseando.

La joven acabó de leer, y con voz conmovida:

—Comprendo ahora (dijo), por qué Armando se ha ocupado siempre en buscar al otro criminal. No quería encontrar á éste. No le perdona, porque claro está que es imposible, como él mismo reconoce en esta carta; pero no quiere castigarle. Se acuerda de la súplica que se le hace en nombre de una criaturita inocente, que á esta fecha debe ser ya grande, que sin duda

ama y respeta á su padre, y que, si supiera algo de esto, moriría.

—Acaso perdonara,—se atrevió á balbucear el señor de Beuvret.

—Sí, es posible. Se perdona, pero en seguida se muere uno de vergüenza y de pesar.

Siguióse un largo silencio. La joven continuaba con la vista fija en la carta. Su padre tuvo miedo.

—¿Estás observando la letra?—preguntó.

—No; ¿para qué? (respondió Clara.) Me sucede lo que á Armando; ya no quiero encontrar á ese hombre. Y de todas suertes, me pesaría que esto que él ha escrito en momentos de arrepentimiento y contrición, sirviera para que le descubriésemos. ¿Comprendes lo que pasa por mí, no es verdad?

—¡Oh, sí; muy bien, muy bien!

¡Que si lo comprendía! ¡Habría querido por ello comérsela á besos!

—No debemos conservar esta carta (continuó la joven, tras un momento de pausa), porque sin duda forma parte de una colección que el señor Le Forestier guardará como oro en paño. Devolvédsela, padre mío, y dadle en mi nombre las gracias.

—Sí, sí; tienes razón. No puedo hacer cosa mejor.

Cogió la pluma para concluir pronto; metió la

carta en el sobre sin detenerse, á fin de que su hija no se enterara, y menos impresionado, no quiso ni aun leerla. Pero en el momento de concluir de escribir le asaltó un nuevo temor. Si Armando Le Forestier encontraría semejanza entre los dos escritos, entre el antiguo y el moderno. Todo era posible. Armando había conservado su sangre fría, mientras que Clara la había perdido desde los primeros momentos.

Meditó algunos instantes, y al cabo dijo:

—¿Sabes que me cuesta menos trabajo escribir un artículo que ciertas cartas?... Escríbela tú por mí. Después de todo, es muy natural que mi hija me sirva de secretario.

Sin hacerse rogar, la joven escribió algunas palabras galantes que la dictó su padre. Puso la carta en el mismo sobre, la cerró, y la envió seguidamente.

Por el momento, el señor de Beuvret estaba libre de todo temor (1).

(1) La continuación de este relato y su terminación puede hallarlos el lector en el libro titulado: LA EXPLOTACIÓN DEL SECRETO, que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos en todas las librerías.

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonsagrives.**—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto..... 30
- Fonsagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonsagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonsagrives.**—*Formulario terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)..... 5
- Pouillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER*. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50
- Pouillet.**—*La Espermatórrrea*. Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.—1884: Un tomo en 8.º mayor. 2,50
- Pouillet.**—*Tratado de los flujos blenorragicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones*, seguido de un *Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos*. Traducido de la última edición francesa por el Dr. D. Eduardo Blanco.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 4
- Pouillet.**—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN EL HOMBRE*. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 3